



PIO XII y HUNGRIA

Luis M.^a Izquierdo S. I.

Si siempre fué Dios providente con su Iglesia, dándole los hombres, las instituciones o los virajes históricos que a Ella le eran imprescindibles en cada encrucijada de los siglos — Pablo ardiente de los principios necesitados de crecimiento, Ordenes mendicantes del siglo XIII, Jávier en el siglo de los mundos nuevos, Trento en el bamboleo loco de la Reforma — ahora el Señor tuvo con su Iglesia una delicadeza y providencia especiales. Porque si a través de la Iglesia se han sentido las corrientes nerviosas del mundo moderno; más aún, si la Iglesia ha sufrido con todos los dolores y se ha angustiado con todas las preocupaciones de los hombres de hoy; es porque la Iglesia ha tenido a su frente — timonel nuevo en la barquilla eterna del viejo pescador galileo — a un hombre gigante, que ha sido al tiempo su cabeza y su corazón visibles.

Y él, el Papa, se dirigió el 10 de noviembre a los hombres todos con un llamamiento especial, de petición de unidad; con una llamada apremiante, angustiosa.

Es verdad que pocas veces a través de la Iglesia y del mundo entero se ha sentido un calambre afectivo e ideológico tan intenso. Una nación libre y católica se ha visto aplastada hasta desangrarse con una absoluta violación del derecho de gentes. Los carros de combate de un ejército

de muchos millares de guerreros han abierto un fuego densísimo sobre un puñado de hombres dispuestos a todo por su fe. El genocidio fue la paga de estos hombres, y Hungría se queda sin esperanza, sin libertad y sin existencia real. Todos los pueblos lo vieron. Muchos han callado. Otros *«pasaron de largo y se fueron»*. Algunos dijeron *«eso no está bien»*, y quedaron tranquilos mientras las gigantescas deportaciones en masa continuaban impunemente.

Pero Pío XII sí habló; y habló enseguida. Hizo todo lo que él podía hacer: enseñar el camino; decir cuál era la verdad; y animar a los hombres de buena voluntad.

Aunque al tiempo, entre la trama de sus palabras, se enredaron un manojo de enseñanzas éticas, y una brazada de cariño a Dios Padre y a los hombres hermanos.

Hay en la Alocución una afirmación continua de los valores de la moral natural. Ya desde el principio se oye su lamento *«por la iniquidad consumada para destruir al amado pueblo húngaro, reo de haber deseado el respeto de los fundamentales derechos humanos»*. Después se asocia su angustia a la de ese *«mundo entero justamente estremecido ante un apresurado recurso a la fuerza mil veces execrado por todos como medio para componer las diferencias y asegurar la victoria»*

del derecho». Y se ve cómo una «política pone sus arbitrariedades y los intereses económicos por encima de las vidas humanas y los intereses morales».

«Frente a semejante escarnio de la justicia y del amor fraterno», él levanta su voz. Otros acallaron por miedo o por connivencia culpable. Intereses que amordazan tantas veces bocas llamadas a hablar en favor de la justicia. Delito de omisión cometido por pueblos obligados a actuar. Pues aquí no se trata de una cuestión de fronteras dirimible entre los contendientes. Se juega a una carta la existencia misma de un pueblo. Se ven en peligro los valores éticos que rigen la convivencia de la familia humana; se trata de la prepotencia del carro blindado sobre los derechos del más débil; y «Nos, que hemos recibido de Dios el mandato de fomentar el bien de todas las naciones, y que juzgamos firmemente que la paz no es un sueño vano, sino un deber por el que todos han de actuar con ánimo de contribuir a salvarla en sí misma y en los elementos sobre los cuales se funda, deseamos dirigir a los pueblos nuestro llamamiento acongojado».

Hay que notar que esta valiente defensa de los valores éticos la hace dirigiéndose «ante todo a vosotros queridos pueblos [...] de cualquiera raza y nación»; aquí no es el Pastor preocupado solamente de sus ovejas católicas, es el Obispo de la Humanidad, el Padre de los hombres. Aboga por bienes jurídico-morales reconocidos por todo hombre de recta conciencia, llama a la defensa de ellos a todas las razas; e invoca, en el patético final, a Dios en cuanto Ser Supremo reconocido por todo hombre que tenga razón y limpieza de corazón. Sabe que, sin embargo, habla a todos «en nombre de la religión, de la civilización y del recto sentimiento humano».

Muestra otro rasgo sobresalientemente importante esta breve pero densa Alocución: es la visión social de la vida humana considerada en su conjunto de pueblos. «¿Es que puede el mundo desinteresarse de estos hermanos, abandonándolos al destino de una degradante esclavitud?» El derecho internacional, la justicia entre los pueblos, no solo exige que nadie agravie a un inocente. Pide también que se defienda al injustamente oprimido. Tienen también una función social que cumplir los pueblos cuando recorren vacilantes su sendero por las quebradas de la historia. No es Hungría el pueblo más grande, ni el influente del planeta. Y, sin embargo, «por en-

cima de cualquier preocupación pesa sobre los ánimos el significado de los luctuosos acontecimientos de Hungría». Aunque no sea el más fuerte, ni el más equipado por la naturaleza, es el hermano que está en mayor peligro; y los otros países de la gran familia humana deben mirar ante todo por él. Así lo enseña el Padre común.

«¡Todos, pues, unidos por la libertad y por la paz, vosotros, pueblos queridos del Oriente y del Occidente, miembros de la común familia humana!» El mal ha agobiado al aire con las notas delirantes de la «Internacional», el himno que invoca a la unión para poder estar más desunidos. Ahora el bien, por la palabra ungida de amor del Papa, nos llama a todos los hombres amantes de la justicia a unirnos para que no nos separen a un hermano nuestro.

Punto único de contacto firme entre los pueblos separados desgraciadamente por nacionalismos, enconos financieros, competencias mercantiles, ideologías opuestas, ha de ser solo Aquel en quien creen todos los que buscan la justicia.

«¡Dios, Dios, Dios! Que este nombre inefable, fuente de todo derecho, justicia y libertad, se oiga en los parlamentos y en las plazas, en las casas y en los talleres, en los labios de los intelectuales y de los trabajadores, en la prensa y en la radio. El nombre de Dios, como símbolo de paz y de libertad, sea la bandera de los hombres de buena voluntad, el vínculo de los pueblos y de las naciones, la señal por la que se reconozcan los hermanos y los colaboradores en la obra de la salvación común».

A lo largo del tiempo los hombres intentan unirse apoyados en teorías chispeantes de novedad, utilizando magníficas alianzas de intereses particulares, o esperanzados al unirse con lazos de consanguinidad, de comunidad de anhelos y de panrazismos. Pero la vida los desengaña amargamente cuando, a los pocos años de hecha la alianza, la ven desvanecerse ante el choque de cualquier egoísmo particularista. No cimientéis los rascacielos de las naciones unidas sobre ambiciones concordadas, sino sobre lo único duradero en la labilidad del tiempo, sobre el común servicio de Aquel que es eterno.

«Suene su nombre, sobre todo, en los templos sagrados, y en los corazones, como invocación suprema al Señor, a fin de que con su infinito poder ayude a llevar a cabo lo que en las débiles

fuerzas humanas resulta tan difícil de conseguir».

Religión, moral, valores jurídicos, visión social del derecho de gentes. Parecía la alocución un mero desbordamiento del corazón paternal del Papa cariñoso y vigilante, del Pastor angelicus. Sin embargo, engarzadas en el cariño y prendidas en el afecto vigilante llegaron, a nosotros a través de las ondas de la radio el 10 de Noviembre último una serie de valores teológicos, que si los hombres los atendiesen, volvería a ver sobre sus frentes cansadas y tantas veces húmedas de sangre la luz de la paz y la belleza de la libertad forjadora de pueblos.

El Papa calló, «confiando en que un cielo sereno

volverá a resplandecer sobre el mundo, sobre las frentes abatidas, y que la paz probada en tan graves peligros, saldrá más límpida, más duradera, más justa».

Y cuando él calló, a través de la Iglesia, y a lo largo del mundo ardiente de pasiones y enlutado de guerra, se sintió el ancho consuelo de saber que allá lejos, en Roma, sigue brillando una luz para los hombres; que si Cristo se fué visiblemente ya va para 20 siglos, nos ha dado ahora, en la dura encrucijada histórica que pisamos, un jefe y representante de El digno de sentarse en la cátedra que de suyo pertenece al mismo Dios.

